

[Publicado previamente en: *Jano* 118, 1974, pp. 78, 81-82, 84 y 87. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, bajo su supervisión, sin ilustraciones y con la paginación original].

© José María Blázquez

Rechazo y asimilación de la cultura clásica por el cristianismo primitivo

José María Blázquez Martínez
Catedrático Emérito de Historia Antigua
Universidad Complutense

[78 →]

Al cristianismo primitivo, una vez que se desgajó completamente del judaísmo a finales del siglo I, se le planteó por vez primera en su historia el grave problema de rechazar o de asimilar la cultura en la que estaba inmerso. Ante todo, este rechazo o asimilación era de las diversas filosofías en boga en el momento de su aparición en la Historia y de las diferentes corrientes religiosas. Las filosofías dominantes eran el epicureísmo, el estoicismo y el platonismo. La primera estaba muy de moda desde finales de la República Romana y se caracterizaba por una concepción materialista del Universo, formado de átomos; de ellos estaba compuesto también el alma humana. En esta filosofía no había lugar alguno para la idea de la inmortalidad del individuo, ni menos aún para uno de los dogmas más vinculados al cristianismo: el de la resurrección de los cuerpos. Sin embargo, en algunos puntos coincidían cristianos y epicúreos: en su ataque a la magia, que a partir de la etapa helenística y a lo largo de la época imperial se había extendido considerablemente, sustituyendo en muchos espíritus a la religión tradicional, que desde mediados del siglo II había entrado en un período de decadencia y de crisis. Apologistas cristianos, como Tertuliano, a finales del siglo II, y Lactancio, a comienzos del siglo IV, alabaron a Epicuro, posiblemente por fijarse en este punto, en que los seguidores de Cristo y del filósofo griego estaban de acuerdo. El satírico Luciano de Samosata (125-195) considera tanto al cristianismo como al epicureísmo movimientos perniciosos. Ambos se caracterizan por su impiedad; pero Epicuro aventajaba a Cristo, porque proclamó, ante la superstición, los derechos de la razón y el escritor griego hace un cálido elogio del filósofo por este motivo.

[81 →]

ESTOICISMO Y PLATONISMO

Las dos corrientes filosóficas que más influyeron en el cristianismo desde el comienzo fueron el estoicismo y el platonismo. El primero era tan materialista como el epicureísmo; para él no existía otro principio constitutivo del Universo que la materia; además era panteísta en la religión. El elemento que informa todas las cosas es el *pneuma*; a través de él se manifiesta el *logos*, que es la razón creadora de la vida y que se encuentra en todas las cosas. Existe un *logos* universal y un *logos* humano; el hom-

bre, por lo tanto, estaba formado a imitación del Universo. Las leyes, que rigen para el macrocosmos son las mismas que gobiernan el microcosmos. Los estoicos prestaron atención especial a la ética. Precisamente la ética estoica es muy parecida a la cristiana y este parentesco es lo que hizo que los cristianos consideraran como a uno de los suyos a Séneca, el filósofo, el mejor representante del estoicismo medio. Los estoicos eran igualmente cosmopolitas, ciudadanos del mundo, ideas que encajan bien en concepciones típicamente cristianas. El cosmopolitismo filantrópico histórico ofrece cierto parentesco con ideas de San Pablo que asentó bien claramente la igualdad de todos los hombres ante Dios. La teoría estoica del *logos*, alma universal, Dios, se encuentra en la misma relación con respecto al mundo que el alma con respecto al cuerpo; según esta teoría la ley que rige el Universo es la misma que rige los destinos humanos, o sea, la providencia divina. A pesar de su panteísmo, materialismo e inmanentismo, ya que Dios sólo existe a través de las cosas, los estoicos, como afirma Marcel Simon, eran hombres profundamente religiosos y su concepción de la providencia era aceptable para los cristianos. Su personificación del *logos* se encuentra ya en los libros recientes del Antiguo Testamento, como en el *Libro III de la Sabiduría*, en el *Libro IV de los Macabeos*, en el historiador judío Josefo, y en el apologista judío de Alejandría, Filón, ambos escritores del siglo I.

Sin embargo, la corriente filosófica que dejó huella más profunda en el cristianismo primitivo fue el platonismo, que contaba con una fuerte inspiración religiosa. El platonismo presentaba una teoría de la realidad que oponía radicalmente el mundo sensible y el de las apariencias. El mundo de las ideas, prototipos inmutables de las cosas, es el único, eterno y coherente. Platón ya identificó la idea del Bien con Dios. El hombre no se realiza plenamente, sino en el conocimiento del Bien. Los platónicos, pues, tenían una estructura dualista del Universo con una oposición entre el mundo de las ideas y el mundo sensible, entre el alma y el cuerpo. El alma era inmortal y preexistía al cuerpo. Teorías todas que, salvo la última, podían ser asimiladas fácilmente por los cristianos. Los apologistas cristianos, como Justino, Clemente de Alejandría y Orígenes, el fundador este último de la teología y de la espiritualidad cristiana, fueron platónicos, al igual que los detractores más acérrimos del cristianismo, como Porfirio (233-304), fundador de la exégesis bíblica y antiguo cristiano. En el siglo IV, San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Niseno o Nacianceno y poco después San Agustín, dieron una versión platónica del dogma cristiano y frases tomadas de los enemigos platónicos del cristianismo, como Plotino (205-270), han pasado al Credo, como afirmar que Dios es "Luz de luz".

Este rechazo o asimilación de la filosofía antigua por parte del cristianismo comienza en el siglo II por obra de los apologistas cristianos, que se propusieron la defensa de la nueva religión ante la acometida de la intelectualidad y del populacho pagano.

El primer apologista cristiano que tomó una postura clara, esta vez de rechazo absoluto de la filosofía y cultura greco-romana, fue Taciano, un sirio, que se dirige a los griegos. Para defender al cristianismo hizo el proceso a la cultura griega, ridiculizando a Platón y a todos los filósofos, pues todo lo bueno que tienen está tomado de Moisés y de la Biblia, idea esta última recibida de la apología judía.

Su discípulo, Justino, nacido pagano en Samaría, tomó una actitud ante la cultura antigua diametralmente opuesta. Hondamente preocupado por varios problemas filosóficos y religiosos, recorrió una serie de escuelas filosóficas, hasta que sólo el cristianismo dio respuesta satisfactoria a sus preguntas. Justino se asentó en Roma, donde abrió escuela para enseñar el cristianismo hacia mediados del siglo II. Acepta que la filosofía, personificada en Sócrates y Heráclito, o algunos bárbaros como Abraham, Ananías, Azarías, etcé-

tera, estaban inspirados por Dios y que en ciertos puntos los cristianos concordaban con los filósofos y poetas paganos. Justino, en sus dos *Apologías* y en el *Discurso a Trifón*, sitúa al mismo nivel a ciertas intelectualidades paganas y a los personajes inspirados del Antiguo Testamento. En su opinión, tanto la filosofía pagana como el Antiguo Testamento eran una preparación para la doctrina de Cristo. Justino no acusa de plagios a los hebreos a los intelectuales paganos. La luz de la sola razón es suficiente, ya que "la semente de Cristo está sembrada en todo el género humano", idea que pocos años después [82 →]

repetiría Tertuliano al afirmar "el alma es por naturaleza cristiana".

Justino da un relieve particular a la idea platónica y estoica del *logos*, con lo que se acerca a la concepción expresada en el primer capítulo del evangelio de San Juan. Este *logos* para el apologista está encarnado en la persona de Cristo.

Estas dos posturas opuestas ante la cultura pagana, de rechazo o de asimilación, representadas por maestro y discípulo, por Taciano y Justino, son las que van a dominar en época posterior.

Otro apologista cristiano, el africano Tertuliano, abogado, el padre de la literatura cristiana en lengua latina, rechazó, como Taciano, toda la cultura pagana, que él conocía bien, ya que, al parecer, se convirtió al cristianismo cuando había ya avanzado bastante en la vida. Su temperamento intransigente le llevó a la secta rigorista del montanismo, lo que explica su actitud. Las frases con las que rechazó toda la cultura pagana son bien significativas de su carácter: "¿Qué hay de común entre Atenas y Jerusalén? ¿Entre la Academia y la Iglesia?... Nuestra doctrina viene del pórtico de Salomón, que había enseñado que es necesario buscar a Dios con la simplicidad de corazón. Tanto peor para los que ponen al día un cristianismo estoico o platónico. Nosotros no tenemos ninguna curiosidad, después de la venida de Cristo, ni necesitamos investigaciones después de la aparición del Evangelio... ¿Qué parentesco existe entre un filósofo y un cristiano? ¿Entre un discípulo de Grecia y un discípulo del cielo? ¿Entre uno que trabaja por la gloria y el que trabaja por el cielo?" Esta expresión de Tertuliano y otras que se pueden espigar en su obra arrancan de algunas frases del propio San Pablo, cuando escribió a los colosenses.

Esta corriente cristiana de rechazar toda la filosofía antigua encontró seguidores, además de Taciano; basta recordar a Hipólito de Roma (170-235), que creía en su *Catálogo de las herejías* que los errores de todas las sectas cristianas derivaban de las diferentes filosofías paganas. Esta actitud no es aislada. Teófilo de Antioquía, autor de tres libros a Autólico —un amigo pagano—, escritos poco después del año 180, denigra a todos los filósofos, pues todos defienden cosas abominables: Platón la promiscuidad sexual y la comunidad de las mujeres, Epicuro, el incesto; los estoicos, la pederastia; Zenón y Diógenes, la antropofagia, etcétera.

LA ESCUELA CRISTIANA DE ALEJANDRÍA Y ORÍGENES

El esfuerzo más grande de asimilación de la cultura antigua lo hizo a finales del siglo II y a comienzo del siguiente la Escuela cristiana de Alejandría, la gran metrópoli egipcia, fundada por Alejandro Magno en el año 332, centro cultural, religioso y comercial de primer orden; en ella a comienzos del Imperio Romano el judío Filón había intentado presentar la religión judía bajo ropaje helenístico y muchas de sus ideas pasan en seguida al cristianismo primitivo. Hacia el año 180 Panteno, un estoico convertido al cristianismo, que había llegado predicando el evangelio hasta la India, abrió una escuela catequística, que se convirtió pronto en la primera universidad cristiana, ar-

ticulada según los esquemas y métodos de la enseñanza helenística, adaptadas a las necesidades y dogmas cristianos. No se ha conservado nada de Panteno, pero se conocen bien los escritos de su alumno Clemente de Alejandría, a través de sus obras: *Protréptico*, un discurso persuasivo. *El pedagogo*, dirigido a los fieles, y los *Estromates*, cuadro delicioso de la vida de Alejandría. Sus conocimientos son los corrientes de los filósofos y retóricos de la época; utilizó mucho los manuales y las antologías de su tiempo. Con él la cultura clásica entra de lleno en el cristianismo, que presenta como coronamiento del pensamiento griego.

Para Clemente, como para Justino, el cristianismo es una verdadera filosofía que pierde importancia con la venida de Cristo. Como Filón, hace a Platón, que conoce Clemente de primera mano, un seguidor de Moisés. Contra estoicos y epicúreos rechaza todas las formas de panteísmo o de materialismo. Los gnósticos cristianos habían hecho, a lo largo de este siglo II, el mayor esfuerzo por adaptar a la filosofía del momento el cristianismo, al decir de Harnack, el gran historiador protestante de la Iglesia primitiva, pero habían aceptado ideas opuestas al dogma cristiano, como son que el mundo material es malo, la dualidad de un principio del Bien y del Mal, y el rechazo del Antiguo Testamento. Cristo era para ellos un dios secundario, que sólo había sufrido en apariencia; ideas todas atacadas por Clemente, que tomó otras de los gnósticos, como su teoría sobre el conocimiento. En *El pedagogo* asienta Clemente el principio de que el cristiano puede y debe asimilar todo lo bueno que hay en la cultura antigua y rechazar lo que se encuentre en franca oposición a la revelación.

La línea seguida por Panteno fue continuada por Orígenes, discípulo de Ammonio [84 →]

Saccas, un platónico ecléptico del que Plotino, el mayor filósofo de la Antigüedad decadente, cuyo pensamiento revivió en Hegel, había sido el principal discípulo. Orígenes conoce de primera mano todas las corrientes filosóficas y religiosas de la época, además de la historia y de la poesía clásica y demuestra igualmente un dominio excelente de la Biblia, a la que aplicó los métodos del trabajo científico y a la que dedicó multitud de publicaciones. Porfirio, el mayor y más peligroso enemigo del cristianismo en el siglo III, avanzado, que trató a Orígenes en su juventud, escribe de él que "vivió en cristiano..., pero que en sus creencias en lo tocante a la divinidad era griego y que aplicó el arte de los griegos a las fábulas extranjeras (el cristianismo)". A continuación enumera Porfirio una multitud de autores que conoce Orígenes de primera mano y termina con la afirmación de que adaptó el método alegórico de los misterios griegos a la escritura de los judíos.

Orígenes es extraordinariamente generoso con el adversario, y acepta y asimila el pensamiento, en lo posible, de los enemigos del cristianismo, como el de Celso, que hacia mediados del siglo II había lanzado el ataque más feroz que un intelectual había hecho contra el cristianismo. Hoy día, el rechazo del cristianismo está en el mismo punto en que lo dejó Celso hace más de dieciocho siglos. Como Clemente, descarta Orígenes algunas ideas gnósticas, pero da a la filosofía un lugar dentro del cristianismo más importante del que hasta entonces había tenido. Su pensamiento está impregnado de platonismo. Como afirma el citado Marcel Simon, su biblismo no ha podido cambiar su estructura mental, típicamente griega. Orígenes viste al cristianismo con un ropaje filosófico griego, y esto le lleva a una serie de errores en la cristología, que fueron condenados por la Iglesia en siglos posteriores, como la opinión de que Cristo está subordinado al Padre. Su angeología y su demonología, que en el pensamiento de Orígenes desempeña un papel importante, es muy similar a la de los pensadores paganos. Porfirio había observado que lo que los cristianos llamaban ángeles era lo que él llamaba dioses, pero

que la diferencia no era capital. Orígenes y Celso describen en los mismos términos la naturaleza de Dios; ambos rechazan el antropomorfismo de la masa inculta que arrancaba de algunas concepciones de Platón. Incluso Orígenes es menos monoteísta que su enemigo Celso.

La influencia griega, profunda sobre su pensamiento, le llevó a diluir algunos dogmas cristianos fundamentales, como el valor redentor de la muerte de Cristo.

Para Orígenes la moral cristiana y la moral predicada por los filósofos es muy parecida, lo que prueba que la moral cristiana es la ley natural escrita en la conciencia de todos los hombres. Su pensamiento cristiano asimiló también la cosmología platónica, ya que el cosmos es concebido como un organismo viviente animado por el *logos*, teoría muy análoga a la de Platón. Incluso aceptó una multitud de seres animados, como los astros. El mundo tuvo comienzo y tendrá fin, pero era seguido por otros mundos, teoría condenada por la Iglesia. Orígenes admitió la idea platónica de la trasmigración de las almas, que fue condenada por la Iglesia. La teoría de Orígenes sobre la resurrección de los cuerpos es ambigua.

Celso echaba en cara al cristianismo el ser una doctrina de mujeracas y de analfabetos, indigna de un intelectual griego o de un simple hombre culto. Los apologistas, como Justino y la Escuela de Alejandría, hicieron que a partir de mediados del siglo II esta acusación careciera de fundamento. Esta asimilación de la cultura greco-romana por los intelectuales cristianos contribuyó poderosamente al triunfo del cristianismo. Toda religión o régimen que no esté continuamente asimilando las diversas teorías que aparecen, está condenado a la muerte y a la desaparición. Los intelectuales cristianos demuestran una fabulosa capacidad de asimilación, aun de las teorías filosóficas más corrosivas para el dogma cristiano.

Para los marxistas, como E. M. Schtaerman, el cristianismo se difundió primero entre las clases oprimidas inferiores, y sería la ideología del subproletariado romano urbano. Su expansión fue de abajo a arriba (ya Orígenes señalaba a Celso que el cristianismo, a diferencia del platonismo, era una religión de masas) y su triunfo se debía, según este autor, a que absorbió las ideas que anteriormente habían atraído a clases y grupos sociales diversos. Es verdad que el cristianismo se propagó principalmente, al comienzo, entre la gente socialmente marginada. En la *Carta a los Romanos*, que es el documento que se fecha con más precisión, San Pablo envía saludos a muchas personas, casi todas son esclavos o libertos, como ha demostrado H. Lietzmann. La acusación a los cristianos del incendio de Roma por Nerón no tiene explicación posible, si no se acepta que el cristianismo se extendía casi exclusivamente entre la población más baja de Roma. Ya Justino y Tertuliano recogieron la acusación de que el cristianismo era una reli-

[87 →] gión de ramera y de esclavos, como escribe Celso. Otros apologistas cristianos, como Atenágoras y Minucio Félix, indican también que reclutaba los prosélitos entre las clases inferiores y oprimidas, pero ya en el siglo II había llegado a la rica burguesía de Alejandría, como lo prueban las obras de Clemente, y poco después se documenta entre la alta aristocracia romana, como se desprende de la disposición de San Calixto, permitiendo el matrimonio de las damas aristocráticas con sus esclavos y la persecución de Valeriano (259) que ataca a senadores y caballeros, es decir, a las capas superiores de la sociedad romana.

El reciente estudio de Jones demuestra claramente que hasta el siglo IV el cristianismo invadió principalmente los estratos bajos del Imperio Romano, y que fue de abajo a arriba, como todas las grandes revoluciones de la Historia, la francesa o la rusa, pero

nunca hubiera alcanzado él triunfo plenamente si no hubiera contado con una intelectualidad, que hizo asimilable el dogma cristiano a las clases cultas del Imperio Romano, presentándolo bajo un ropaje que ellos conocían bien.

EL CRISTIANISMO Y LAS RELIGIONES MISTÉRICAS

Asimiló también muchos elementos tomados de las religiones místicas, de procedencia oriental, que predicaban la encarnación de un Dios, que sufría muerte, resucitaba y prometía la salvación a sus seguidores. La predicación del mensaje evangélico, tal como se encuentra en las cartas de San Pablo, presenta muchos puntos de contacto con las religiones místicas y su terminología pasó a su predicación. Frente a los misterios paganos Pablo predicaba el misterio cristiano, y términos empleados por él como "Conocimiento, Sabiduría, Kyrios y Salvador" proceden del lenguaje religioso pagano. Justino fue el primer intelectual cristiano que cayó en la cuenta de este paralelismo entre cristianismo y religiones místicas, principalmente con la de Mitra, que tenía un rito de iniciación, el bautismo, una eucaristía y una teoría de la gracia muy parecida a la del cristianismo. En la religión de la diosa egipcia Isis, tal como se conoce por el "Asno de Oro", de Apuleyo, había también un bautismo de iniciación y algunos ritos, como el simulacro de la muerte y el descenso a los infiernos que recordaban muy de cerca diversos hechos de la vida de Cristo. El escritor cristiano del siglo IV Fírmico Materno, ha conservado una fórmula litúrgica, recogida por Clemente de Alejandría, de los misterios frigios, que el citado autor interpreta como una réplica de la Eucaristía.

Justino y otros autores cristianos posteriores defendieron la tesis de que el diablo, conociendo de antemano los ritos y dogmas cristianos se adelantó y propagó unas religiones muy parecidas en muchos aspectos al ritual y al dogma cristiano. Sin embargo, hubo diferencias sustanciales. La Iglesia rechazó de plano siempre todo sincretismo religioso. La teoría del cuerpo místico de Cristo, que aparece ya en San Pablo, no tiene precedentes en las religiones místicas, que buscaron también la salvación del individuo y que fueron las grandes rivales del cristianismo, sobre todo la de Mitra, la más elevada de todas ellas, al entrar en crisis la religión tradicional greco-romana y el culto al emperador a partir de la época de Cómodo (180).

Es posible que el cristianismo aceptase mucha terminología y rituales de la religiosidad del momento para hacer más aceptable el dogma cristiano ante la masa pagana religiosa, pero las diferencias eran grandes. No había filiación directa, sino, como indica Marcel Simon, solamente una inspiración general aparente y ciertas analogías. Todo ello posiblemente llegó al cristianismo a través del judaísmo helenístico. Años después la Iglesia aceptó el uso de los cirios, del agua bendita y la costumbre de arrodillarse en la iglesia, todo lo cual es de origen pagano. Fiestas paganas, como el 25 de diciembre, el día del Sol invicto, la gran divinidad siria del emperador Aureliano (270-275), se cristianizaron en el día de la natividad de Cristo. La simbología pagana, como la orante, El Buen Pastor, y el retor, que aparecen en los sarcófagos paganos en la segunda mitad del siglo III, pasaron en seguida al arte paleocristiano para significar al alma o a Cristo. El cristianismo no hubiera triunfado tan rápidamente si no se hubiera presentado bajo el ropaje, en lo posible, de la religiosidad del momento. Incluso la Iglesia asimiló retocándolo, el pensamiento de los herejes. Al más formidable hereje del siglo II, Marción, que era un gnóstico cristiano, se debe el canon de los libros del Nuevo Testamento. A los diez libros que él catalogaba, la Iglesia añadió algunos más.